pende de mi diligencia y esmero en corresponder a esas gracias de Dios. Depende del esfuerzo que yo ponga en renunciarme a mí mismo y despegarme de los gustos y disipaciones del mundo y ejercitar las virtudes. Las virtudes son el verdadero amor a Dios, y el amor al prójimo es igualmente el amor a Dios. Gozaré de Dios según sean mis virtudes.

Quiero grabar bien en mi alma esta verdad: en el cielo el sumo gozar no es pasajero, como en la tierra, sino para siempre permanecerá sin decrecer ni en lo más insignificante, sin cansancio, siempre en continua novedad, siempre en completa seguridad en la misma seguridad de Dios, de quien se recibe.

En el cielo está el alma llena, radiante de dicha, rebosando gozo en Dios; jamás aparecerá ni una sombra de tristeza en el alma, ni una penumbra de menos alegría o disminución de gozo. Todo allí es grande, todo hermosura, todo luz y comunicación de bienes y de gozos. No hay allí ocaso, porque el sol de toda iluminación y de todo encanto es el mismo Dios infinito. El alma será feliz viviendo en la misma felicidad de Dios. Mi alma saltará de gozo viendo el mayor o menor gozo y dicha con que han sido premiados todos los bienaventurados; mi alma será feliz con la felicidad de todos los coronados en gloria, viéndolos en Dios

y cantando con ellos las misericordias de Dios en la más inexplicable exaltación.

219. Dios mío, ¿por qué sois tan magnánimo que ponéis en mi voluntad la felicidad del mismo cielo para que tenga cuanta quiera? Porque Dios me dará tanta felicidad y tanta gloria cuanta yo quiera, cuanta sean mis virtudes y la santidad de mis obras. Ya que la habéis puesto en mi querer, fortaleced esta mi voluntad para que yo quiera; agrandad en mí los deseos de amaros y estar cada día más perfectamente ofrecido a Vos, y que mi vida cada día esté más atenta y más unida a Vos.

Para ser feliz con la pequeñísima y relativa felicidad que puedo tener en la tierra necesito del cuerpo. Aunque mi alma es la que da vida al cuerpo y siente por el cuerpo, necesita del cuerpo, entiende y ve por el cuerpo. Casi no comprendemos más que la felicidad del bienestar del cuerpo. El cuerpo es el que está enfermo y doliente y el sujeto de las desgracias. Pero en el cielo el alma obra y entiende directamente por sí misma. El alma ya no duerme ni está perezosa o desatenta como viviendo en el cuerpo. Mi alma en el cielo será feliz sin el cuerpo. En la tierra no podemos ser felices. Gustaré un poco más o un poco menos de la dulzura que acerca a la felicidad o de la amargura que aleja de la felicidad. La felicidad, el gozo total y eterno, es

de Dios y la participación de Dios por la visión y posesión de Dios. El sumo gozo del alma y aun del ángel está en la facultad más alta y más noble del espíritu, que es el entendimiento lleno de toda la verdad, rebosando en Dios. El entendimiento estará siempre en la suprema y más perfecta operación, que es el entender actual sin estudio, sin cansancio ni esfuerzo, en gozo y descanso; *es el gozo de la verdad.*

Gozan mis ojos y descansan viendo la belleza y variedad del paisaje. Por un más alto y sobrenatural modo descansará y gozará mi entendimiento viendo a Dios, entendiendo la Verdad infinita, llenándome de Dios. Dios infundirá su verdad en mi entendimiento, me llenará de Sí mismo, y de esa operación gozosísima de mi entendimiento irradiará el gozo a mi voluntad, llenándome de amor glorioso. Mi alma en sus dos potencias estará en la operación suprema de entender, de amar, de gozar del mismo gozo de Dios, en la exaltación continua y actual del gozo sobrenatural por la comunicación sobrenatural, y recibirá también el cuerpo su felicidad.

Y el entendimiento en el cielo no entenderá a Dios y sus perfecciones según la agudeza y profundidad que haya tenido en la tierra ni según la ciencia que aquí haya adquirido, sino según el amor y las virtudes que haya tenido. La luz y la medida para entender a Dios y los seres y mundos

y la creación en Dios es el amor, la gracia, la santidad. Según sea mi humildad y mi caridad y abnegación y mi vida interior será mi entender a Dios y mi comprender la creación en el cielo y será mi perpetuo gozar.

La infinita misericordia de Dios pone su visión y su posesión y mi felicidad en mi mano, en mi voluntad. ¡Dios mío, dame que yo quiera y me decida!

¡Qué ensueño de luz es pensar en la visión de Dios! ¡Qué gozo inunda el alma al poner la atención en la posesión gloriosa de Dios!

220. Dios es el cielo y la gloria del alma allá y quiere serlo también aquí. ¡Dadme, oh Señor, luz para que lo comprenda y lo sepa expresar! ¡Qué gran belleza y qué inefable consuelo encierra su consideración!

*La vida interior y la vida espiritual es la realidad de Dios en el alma por la gracia y por el amor.* Dios, viviendo en amor en el alma, no está inactivo. Dios es la actividad infinita en infinito amor, y Dios está realmente y en amor en el alma de vida interior y está obrando la obra de amor y de santidad cuanto le permite el alma, cuanto quiere el alma. ¿Quiero yo de verdad, Dios mío, que Vos viváis en mí por amor y me santifiquéis y me infundáis las virtudes y hagáis progresar mi

alma en la vida sobrenatural? ¿Quiero estar lleno de Vos?

La fe me enseña, y los santos me lo repiten y explican, que en la oración Dios está en mi alma, no sólo con la realidad de su esencia, presencia y potencia, sino que está además amándola, y el alma está en la oración con Dios íntimamente a solas, amándole y tratando de amor. Cuando el alma está en la oración, amando a Dios presente e infinito, Dios está con el alma, llenándola y empapándola en su amor, transformándola e infundiéndola virtudes y sus mismas perfecciones. Toma Dios posesión del alma en la oración y hace al alma amor suyo.

El alma no lo siente ni se da cuenta, porque Dios lo hace espiritualmente y de modo insensible o por encima de los sentidos. Dios, presente en el alma, está llenándola de sus perfecciones y comunicándola divinidad y preparándola para hacerla cielo, cielo real donde El mismo morará.

El cielo digo que es posesión de Dios y es visión gloriosa de Dios en Sí mismo y de sus obras en Dios. El alma de vida interior está con Dios en la oración y está con Dios cuando vive la presencia de Dios; está amándole y sabiendo que es amada de Dios. El alma posee a Dios por gracia y por amor en la tierra, no aún gloriosamente, pero sí realmente. El alma ve a Dios oscuramente por la fe y espera tenga la misericordia de unirla con

El. La fe es oscura, pero guía con toda seguridad al alma y la hace ver que Dios está en ella, el mismo que está glorioso en el cielo y está amándola y llenándola de amor con la misma real presencia, pero no gloriosa.

Mi alma mira a Dios con visión de fe y sé que Dios está en mí; el Infinito está en mí y está obrando en mí la obra del amor. Yo he venido a buscar a Dios, a estar ofrecido a Dios, y estoy verdaderamente ofrecido cuando hago su voluntad, y Dios toma mi voluntad y mi ofrecimiento y se hace mío y yo de Dios.

Sé que cuando yo haya muerto perfectamente a mí mismo en mis apetitos y en mi amor propio, cuando Dios me haya vaciado y limpiado perfectamente, obrará en mí la maravilla de la unión de amor con El. Es el magnífico pensamiento de San Juan de la Cruz: *¿Qué le impide a Dios hacer sus maravillas en el alma totalmente anonadada y aniquilada? «Esta alma será ya alma del cielo celestial y más divina que humana»*, porque quitó Dios en ella y con ella las flaquezas y miserias humanas y la hizo participante de sus perfecciones, alumbrándole *«el entendimiento con la lumbre sobrenatural, de manera que de entendimiento humano se haga divino, unido con el divino; y ni más ni menos informando la voluntad de amor divino, de manera que ya no sea voluntad menos que divina, ni*

*amando menos que divinamente, hecha y unida en uno con la divina voluntad y amor*».

En las vidas de muchos santos leemos que tenían como atisbos de vida de cielo y luz de cielo. Se habían puesto en vacío y purificación de su alma por oración muy continuada y por un más continuado y perfecto vencimiento de sí mismos y ejercicios de virtudes.

La perfección de la oración no suele verse en sí misma, pero se ve en el desarrollo de la vida por el ejercicio de las virtudes.

Cuando la oración ha sido oración, o sea cuando el alma, en el tiempo de la oración, ha estado tratando de verdad amorosa y atentamente con Dios, se empapa de amor divino y sale llena de Dios, irradiando fragancia de Dios en la presencia que vive de Dios, en el recuerdo que de Dios tiene, en la llamada que hacia dentro con Dios siente y el amor la enseña a salir de sí misma y a vivir en apacible caridad fraterna y en dominio y sacrificio del cuerpo.

Como el alma se prepara y coopera ejercitando las virtudes y se une a Dios por gracia y amor en la oración, continúa llena de Dios durante el día, que es cuando se prueba la verdad de la oración, y Dios pone ideas divinas en el entendimiento y amores divinos en el deseo de la voluntad. La fe con su oscuridad, pero con su seguridad y su grandeza, enseña y afianza estas verdades de la realidad

de Dios infinito en el alma y la da certeza de que Dios está en el alma amándola y está con ella y la llena y el alma está en Dios y con Dios. ¿Quién no se admirará de la maravillosa misericordia que ha tenido Dios con el alma, levantándola y uniéndola en amor con El? ¿Y no es ya cielo el alma unida con Dios y llena de Dios, aun cuando todavía no sea cielo glorioso?

221. Y en el alma de muchos santos Dios ha gustado de poner atisbos de cielo, *que a vida eterna saben — y toda deuda pagan.* Les ha dado a sentir algo de las iluminaciones con que esclarece la inteligencia e inflama la voluntad, y como San Pablo, no encontraban ideas ni palabras que pudiesen expresar lo que habían comprendido o sentido.

Santa Teresa de Jesús decía que una sola lágrima de consuelo dada por Dios al alma en la oración no podía comprarse con todos los bienes del mundo, y que aun reuniendo todos los bienes que se pudieran gozar juntos con seguridad hasta el fin del mundo, no podían compararse con lo que goza el alma en un solo momento en esta comunicación que Dios la hace. Una sola lágrima, un solo consuelo de gozo especial que produce Dios en el alma, en la oración, inunda de gozo indecible. ¿Cómo expresar la exultación y júbilo que

siente cuando recibe ilustraciones infundidas por Dios?

Santa Gertrudis nos habla de cómo parecía que toda la carne y hasta los huesos mismos se la convertían en dulzura y cantaban gozo a Dios cuando vio el rostro de Dios con visión especial.

El mismo San Juan de la Cruz repite en distintas formas que Dios hace al alma cielo y al alma transformada unida con El en amor «*luego la queda esclarecida y transformada en Dios, y le comunica Dios su ser sobrenatural de tal manera que parece el mismo Dios y tiene lo que tiene el mismo Dios. Y se hace tal unión cuando Dios hace al alma esta sobrenatural merced, que todas las cosas de Dios y el alma son unas en transformación participante; y el alma más parece a Dios que alma, y aun es Dios por participación, aunque es verdad que su ser, naturalmente tan distinto se le tiene del de Dios como antes de ser transformada*»

Para que Dios haga esto en el alma, el alma ha de prepararse y hacer cuanto está de su parte por la oración, por la presencia de Dios, por la delicadeza en practicar las virtudes, ya que «*el estado de perfección... consiste en perfecto amor de Dios y desprecio de sí mismo; no puede estar sino con estas dos partes, que son conocimiento de Dios y de sí mismo*» (*Noche*, lib. II, cap. XVII, 4 y 5). Y «*en tener el alma vacía y desnuda de todo apetito*».

Una religiosa preguntó al mismo santo: ¿Cómo vive?, y el santo la respondió: *Vivo en la Santísima Trinidad.* Vivía lleno de Dios. Es lo que El inculcaba continuamente a las almas espirituales. Veía que era el principal principio para vivir la santidad y para disponerse a la transformación y unión de amor con Dios, que es adonde conduce la limpieza del corazón, el ejercicio de las virtudes y el menosprecio de sí mismo.

Vaciarse de sí mismo y llenarse de Dios por su presencia amorosa es vivir en Dios y estar permanentemente en la oración y dejarse llenar de Dios y recibir la sabiduría del cielo. Dios inunda a esas almas de gozos y afectos extraordinarios, que las recuerdan los gozos que tendrán en el cielo y también las da trabajos y sufrimientos, porque ya esas almas los saben estimar y Dios se los da para que tengan más gloria en la vida eterna. Dios va mezclando en la tierra los regalos y los sufrimientos. Las cruces vienen en proporción de los gozos.

Preguntaba el mismo San Juan de la Cruz a una religiosa ¿qué presencia de Dios traía?, y la religiosa respondió: *Ando en la hermosura de Dios.* Y el santo añadió: *¡Qué magnífica presencia de Dios es ésa!* Dios mío, ¡si me mirara a mí envuelto en tu hermosura, saturado y empapado todo en tu hermosura! Y, sin embargo, ésta es la altísima y gratísima realidad. Esta debe ser mi vida, porque es la vida que yo he escogido y la que Dios

quiere de mí. Dios infinito, Dios soberano y omnipotente y todo hermosura y sabiduría, es con quien estoy, es con quien me sumerjo y con quien trato cuando me recojo en la oración con Dios a solas. Este Dios infinito, que ha de ser mi eterna gloria y mi felicidad cuando le vea yo glorioso en el cielo, es el mismo que está ahora en mí y me envuelve y está en mi cerebro y en mis pensamientos; es el mismo que tengo dentro de mí y a quien trato y hablo y a quien me he ofrecido; es el mismo a quien muy confidencialmente pido que me dé su amor, que me quite mis imperfecciones y flaquezas; es el Omnipotente, el Criador de todos los mundos y seres, el santificador de los santos y de la Virgen y la gloria y admiración de los ángeles. Y quiere hacer conmigo la unión de amor y transformar mi alma en amor suyo.

Alma mía, llénate de gozo y agradecimiento. ¡Estás en Dios y Dios está en Ti! Estaré en sequedad o en tentación, estaré bajo el peso de la aflicción; pero estoy en Dios y Dios está en mí. Me recojo en la oración con El y quiero vivir en su presencia, porque quiero amarle más y ahora le estoy amando, porque quiero que acreciente en mí las virtudes y ser todo de Dios. Y Dios me ama. Dios infinito y gozo de los ángeles tiene su mirada puesta en mí y recibe mis deseos. Los ángeles se ven gozosos en Dios, viven participando la vida de las perfecciones de Dios, siempre están llenos

de Dios en dicha y le miran, admiran y agradecen. Ni quieren salir de Dios ni dejar de mirarle, y todo lo reciben de El y todo lo ven y conocen en El.

En este mismo Dios estoy yo. A este mismo Dios amo. Dios está en mí con un amor tan intenso como no puedo comprender. También yo, Dios mío, quiero amarte siempre y estar siempre atento a Ti y nunca salir de Ti y de tu amor.

Alma mía, nunca te mires sola en ti; mírate siempre a solas con Dios y en la luz y gozo de Dios. Mírate envuelta en la dicha de Dios. Adéntrate y sumérgete en sus misericordias. ¿Qué haces cuando te sales de Dios y buscas las disipaciones de las criaturas? ¿Puede haber compañía más noble y deliciosa que la del mismo Dios? Mi gozo es de que estoy en Dios y Dios me hace cielo. ¡Qué alegría de verse en la soledad con Dios solo, todo luz y amor! Aumenta en mí, Señor, la fe, para que me dé cuenta que vivo esta altísima realidad. Este debe ser mi gozo y mi contento.

Santa Teresa dice que se veía muy por encima de todas las criaturas y en soledad hasta de los ángeles, pero toda atenta y llena de Dios. Aquí se fortalece el alma y se desprende de la tierra, aspirando al cielo. Aquí se acrecientan los deseos de Dios inefablemente y Dios hace sus maravillas en el alma. Aquí en la tierra y en esta alma toma Dios posesión del alma y la une Consigo. Santa Teresa oyó que Dios la decía: *Ya eres mía y Yo*

*soy tuyo.* Y Santa Isabel de Hungría oyó igualmente al Señor: *Si tú quieres ser mía, Yo quiero ser tuyo y no separarme de ti.* Y a Santa Angela de Foligno la hacía sentir estas palabras: «*¡Oh hija mía! ¡Mi hija y mi templo! ¡Mi esposa, mi amada y mi alegría! Tú eres Yo y Yo soy tú. Amame como te he amado. Amame porque llevas en tu mano el anillo de mi amor.*» ¿Qué gozo no redundaría en todo el ser de Santa Teresa cuando oye que el Señor la dice: *De aquí en adelante, como verdadera esposa mía, cuidarás de mi honra?* Por eso ella corresponde diciendo: *¿Qué se me da a mí de mí, sino de Vos?* Y San Juan de la Cruz expresa este concepto tan delicado y regalado, tan lleno de alta poesía como de sublime realidad sobrenatural: *Soy Dios y gusto de ser omnipotente para darme a ti como soy y hacerme tu prisionero.* «*En lo cual*—comenta el santo—*se podría considerar el gozo, alegría y deleite que el alma tendrá con este tal prisionero, pues tanto tiempo había que lo era ella de El, andando enamorada de El*» (*Cántico*, can. 31, 10).

222. Esta alma ansía vivir solo para Dios, busca sólo a Dios, respira sólo por Dios. Los deseos del alma han crecido de tal manera que mil vidas daría por agradar a Dios en todo y nunca olvidarse de El. Y el alma encuentra a Dios y vive esta gran verdad que Dios está presente y amoroso

en el alma y el alma está en Dios y amándole. Tobías y el santo rey David decían: *Todo mi ser está lleno de júbilo porque estoy en Dios.* Y la Virgen expresaba su gozo con estas palabras: *Mi espíritu está transportado de alegría en Dios, mi Salvador.*

El mismo Dios que estaba en los santos y en la Virgen está en mí y me ama. Y yo también estoy en la realidad de Dios infinito, como ellos. Dios es mío y para mí y está en mí y quiere tomar posesión de mí. Dios me da su amor. Vivo en Dios y ni un momento se separa Dios de mí. En la oración y en las virtudes y en la presencia de Dios vivo sumergido, empapado y envuelto todo en Dios, en la realidad del amor de Dios. En mis ocupaciones y dolores en Dios estoy. Dios está conmigo.

Dios mío, admiro y santamente envidio a los santos cuando leo los efectos maravillosos que en ellos hacías y parece no tengo tan presente como debiera tener que estás del mismo modo en mi alma, que me amas como a ellos les amabas, aun cuando no con efectos sensibles extraordinarios. Quiero que mi vida sea como la suya. Quiero estar ofrecido como ellos y hacer mi oración y abrazarme a la cruz como ellos.

La fe me enseña las mismas verdades que a ellos. La fe me dice que Dios obró los imposibles en la Virgen por su fe y su amor y los obró también en los santos por su delicada fidelidad. La fe

me enseña que mi oración no deja de ser santa porque yo no sepa discurrir o no sienta afecto, porque la oración santa no es lo que el alma obra, sino lo que Dios obra y pone en el alma cuando la encuentra fiel y atenta. La fe me enseña que en la oración y en la vida interior estoy con Dios y Dios está obrando maravillas en mí y tomando posesión de mí.

Los ángeles en el cielo están en Dios y no desean ni pueden salir de Dios, porque en Dios lo encuentran todo y Dios es su dicha y su felicidad. Y en la oración y en la vida interior yo estoy en ese mismo Dios, ¿por qué no gustaré yo de estar continuamente recogido Contigo y tratando de amor en la oración? ¿Por qué no te miraré yo con ese amor, oh Señor, y con esa seguridad que me da la fe? ¿Por qué no gustaré yo de repetir dentro de mí mismo ese pensamiento de San Juan de la Cruz: Que gustáis de ser como sois para daros a mi alma y haceros mío, no sólo en el cielo glorioso, sino aun aquí en la tierra, en la realidad del amor?

Una religiosa preguntaba al mismo santo qué le había pasado en la misa, y el santo la dijo: Ha sido misericordia de Dios poderla terminar, porque Dios ha querido misericordiosamente mostrarme sus magnificencias, no en visión gloriosa, pero sí en muy alta inteligencia en la consagración. Pues

el mismo Dios que tenía en sus manos y recibía el santo es el que tengo y recibo yo.

Al alma fiel descorre el Señor, a veces, algo sus velos y la ilumina con ráfaga de cielo que la llena de gozo y hace quedar como fuera de sí.

Pero la fe me enseña, ciertísimamente, que el mismo Dios que tenían en sus manos los santos y recibían en la Eucaristía es el que tengo y recibo yo. Que el mismo Dios que les comunicaba esas luces o noticias altísimas en la oración está acompañándome y amándome a mí y dándome su luz en la oración. Ellos le tenían y trataban con grandísimo amor, con grandísima confianza y reverencia y le vivían en su vida y en sus ocupaciones. Tenían los ojos del alma y los ojos de la fe muy abiertos y muy llenos del fuego del amor y le veían en fe.

La fe se le mostraba con tanta seguridad y confianza al padre Juan de Jesús María, el sevillano, cuando estaba en Méjico, que diciéndole el Señor en la misa, en el *Memento* después de la consagración: «*¿Quieres que quite el velo?*», el bendito padre le respondió: «*No, señor; si no es que haya de ser para siempre; porque yo, mi Dios, conozco cómo estáis aquí. Pues ¿qué más quiero yo para esta vida?*» Y también solía decir como muestra de su fe y de gran enseñanza para mí: «*No hay cosa de mayor deleite que estarme a solas en un rinconcito con Dios. Pero en esto no hago nada, porque*

*sobrepujan los deleites y gustos que allí siento a cuantos el mundo y la carne y todas las criaturas de la Tierra pueden dar.»* Tanto gozaba de estar con Dios en la oración que decía con el gozo que allí sentía se daba por bien pagado, aun cuando no hubiera de recibir la remuneración del cielo que esperaba. Se gozaba de estar con Dios.

223. Pues con Dios estoy yo y Dios está y trata conmigo y pone su luz, su gracia y su amor en mi alma. Ese santo religioso se veía con los ojos de la fe en Dios, en la verdad de Dios, en la infinita realidad de Dios, y la fe me enseña a mí que igualmente está Dios en mí y conmigo; está poniendo inspiraciones, luz y amor en mi alma; está plantando vida sobrenatural en mí y se está poniendo El mismo, su vida, sus perfecciones.

Estoy como flotando en Dios, estoy sumergido en Dios, en la verdad de Dios, me envuelve y empapa la hermosura de Dios. Dios me hace suyo y Dios se hace mío. Dios me comunica su vida y Dios toma mi vida para sobrenaturalizarla y como divinizarla.

Esto me lo enseña la fe como a los santos. Y sé que obrará en mí la fe y el amor y me transformará en su amor, según sea la fidelidad de mis obras, según sea el vencimiento de mí mismo y el florecimiento de las virtudes. El amor de Dios es la luz y es la savia y la fuerza y la hermosura del alma

y el que abre mis ojos para ver a Dios y levanta a vida eterna.

Yo me he ofrecido a Dios. Me he recogido para ser sólo, en todo y siempre de Dios. La fe me asegura más que las revelaciones o éxtasis que tuvieron los santos que Dios infinito está en mí y yo estoy en Dios, ser infinito en toda perfección y en todo bien y hermosura, y que este sumo Bien quiere dárseme, hacerse mío y a mí hacerme suyo. Y vuelvo al pensamiento delicadísimo que me dice por San Juan de la Cruz: Gusto de ser como soy Infinito, la suma Hermosura, la suma Sabiduría, el sumo Poder, la suma Bondad e infinito Amor para darme a ti, para hacerme tuyo. Dios es mío, se hace mío y para mí. ¿Cómo no enloqueces, alma mía, de gozo? ¿Cómo no cierras los ojos a todo lo demás para tenerlos atentos y llenos de alegría y agradecimiento en esta infinita bondad y hermosura? ¿Cómo no te entregas al silencio de la oración para estar más atentamente sumergido en tan infinito amor y, como los ángeles, no querer salir jamás de con El? ¿Cómo no te deshaces en ansias de estar con Dios y poseerle ya glorioso y poner todo esmero y diligencia en amarle y tenerle presente y estar unido a El, haciendo su voluntad, y alabarle y cantar sus misericordias y deshacerte en agradecimiento suyo? Echate en el horno de su amor divino para que ya del todo te abrase el amor. No importa que no tengas los sentimientos de ter-

nura y de afectuosa emoción, como sería tu gusto; lo que importa es que tengas presente que vives en Dios.

Dios mío, que me llamaste y continúas llamándome para que esté Contigo; Dios mío, que quieres tomar posesión de mí y unirme a Ti para mejor darte a mí y llenar mi alma de Ti; fortalece mi voluntad para que no quiera ya otra cosa y toma ya posesión de mí. Yo también deseo verte y tomar posesión de Ti. ¡Para qué merced tan inefable me has escogido! ¿Por qué no la habré yo apreciado cuanto se merece?

Me habéis creado para la felicidad. Me habéis creado para Vos mismo. Mi felicidad será poseeros gloriosamente y para siempre en el cielo, pero queréis que ya en la tierra os posea realmente y por amor. Estáis dentro de mí, en mi alma; estáis poniendo en ella vuestra vida y transformándomela en amor para hacer la unión de amor con Vos. Maravilla es ésta de vuestra bondad, que yo no sé ni explicar ni suficientemente agradecer. Hacéis vuestra el alma mía. Y amorosa y misericordiosamente os hacéis mío y os entregáis a mí. Esta mutua entrega es el misterio de la santidad y el misterio del amor. Bien oyó Santa Teresa cuando la decíais:

Alma, buscarte has en Mí
y a Mí buscarme has en ti.

Oh Señor, que acabe yo de ofrecerme perfectamente para que tengas la misericordia de unirme a Ti. Que me pierda yo a mí mismo y a mi amor propio para que me encuentre en Ti. Que yo viva la vida de recogimiento, de virtudes, de entrega y te entregarás a mí, porque quieres ser mío y lo serás cuando yo sea tuyo. A las almas que has unido a Ti en amor las entregas tu poder y el poder de estas almas es inmenso.

El alma santa, el alma unida y de amor, emplea toda su influencia con Dios en favor de las almas y de la Iglesia. Estas almas vivirán escondidas y desconocidas de los hombres y de la sociedad, pero son la fuerza y la luz de la Iglesia. Estas almas están metidas en la misma vida y luz de Dios y Dios las concede cuanto le piden, y no son cortas en pedir santidad para la Iglesia y que Jesucristo sea conocido y amado y piden gracia para las almas y que las almas se salven. Estas almas atraen de Dios torrentes de gracias sobre el mundo y sobre los apóstoles de Jesucristo.

La Iglesia llama a las almas consagradas *esposas de Cristo.* La esposa está unida y compenetrada con el Esposo. El Esposo deposita la confianza en la esposa y la da para guardar y administrar sus bienes. La esposa hace caridad a los necesitados con los bienes del Esposo y el alma esposa de Cristo la hace con las almas, dándoles bienes y gracias del cielo.

Que yo mire que os llevo dentro de mí. Que yo en todo aspire a hacer vuestra voluntad y a ser vuestro. Hacedme vuestro y que vuestros sean mis pensamientos y mis deseos. El día que yo diga con mis obras más que con mi lengua *¿Qué se me da a mí de mí?*, oiré también de vuestros labios, como Santa Teresa que os decía ese ofrecimiento: *Ya eres mía y Yo soy tuyo.*

¡Ser de Dios! ¡Ser ya de Dios! ¡Ser gloriosamente de Dios para siempre!... Y Dios se ha hecho mío; Dios se me ha dado y está en mí y yo en El. Eternamente poseeré a Dios en gloria infinita. Este es mi fin dichoso. Pensar en esto es ya tener el cielo en la tierra y el principio de la dicha que he de gozar para siempre. Dios es mío y será eternamente mío. ¡Qué veré cuando descorras, por la muerte, el velo y entre en tu luz y en tus misericordias!... Veré a Dios infinito, el infinito Bien y para mí.

## *DECIMOCUARTA LECTURA - MEDITACION*

### VIVO Y AMO A DIOS. ESTOY ESCOGIDO PARA CANTAR A DIOS EL CANTICO INTERIOR Y EXTERIOR EN AMOR

224. Cuánto quisiera mi alma no prestar atención a otra cosa que a Dios. Deseo sobre toda otra ilusión atender y recordar a Dios en todo lo interior y en todo lo exterior; quisiera ver reflejada la luz y la hermosura de Dios en todos los ensueños de mi imaginación y en todos los pensamientos y reflexiones de mi entendimiento. Mi ilusión es que Dios llenara todas las actividades de mi vida, que Dios se reflejara, al menos en su luz, ya que no es posible en su esencia, en todos los objetos que se me presentan ante los ojos; que el recuerdo de Dios llenara toda la capacidad de mi memoria y para Dios fuera toda la intensidad de mi amor.

Pero mi pequeñez no puede vivirle en la tierra con la perfección que anhela mi deseo. A Ti clamo, Dios mío, suplicándote ayudes mi flaqueza y suplas lo que no puede hacer mi impotencia. Vísteme de tu luz y pon fragancia de cielo en mi alma para que en todo te vea y en todo aspire tu bondad y tu hermosura. Tú que estás presente en mí y me das y conservas el ser y la vida; Tú que has puesto en mi alma estos deseos de amarte y ser tuyo; Tú que misericordiosamente me has llamado para que te ame, lléname ya el corazón de tu amor y fortalece mi voluntad para que me determine a ser tuyo sin vacilaciones y puedas obrar tu obra en mi alma como lo deseas.

Cómo deseo, pienso y sueño en la felicidad, en mi felicidad, en esta idea que tanto he repetido, en estas mis meditaciones. Pero la felicidad infinita y total es Dios, y mi felicidad está en participar de Dios y de sus perfecciones por la visión directa de la esencia de Dios y por la posesión de Dios. Mi felicidad está en sumergirme y empaparme todo en las perfecciones y en la hermosura de Dios, en entrar a la posesión de Dios, haciéndome luz con su luz.

¡Qué será la visión de Dios!... Con la visión de Dios empieza el lleno de la voluntad en amar y en gozar; el lleno de la inteligencia en comprender, saber y comunicar; el lleno del deseo en poder y poseer; el lleno del ser hermosura y exaltación

de dicha y delicia. Esta visión de Dios, este altísimo entender la esencia y las perfecciones divinas, este perfecto comprender la esencia de todos los seres y mundos y de sus perfecciones y de la naturaleza, que mi alma tendrá en Dios, se tiene en el cielo sin esfuerzo alguno y con gratísima complacencia y descanso.

Ahora en la tierra, cuando quiero saber algo, tengo que esforzarme, poner trabajosamente mi atención, sujetar mi voluble imaginación, discurrir, pensar, razonar y quedarme angustiado y cansado para sacar tan sólo una gota de conocimiento y muchas veces tristezas de no poder entender nada. Ya en el cielo, la visión de Dios me lo da todo, me lo infunde todo, no sólo sin esfuerzo ni cansancio alguno, sino con gozo exuberante y alegría inenarrable. Lo conoceré todo sin discurrir, sin que me estorbe la inquieta imaginación; con sólo mirar mi inteligencia a Dios en sumo deleite, como los ángeles, veré, conoceré, poseeré y gustaré de todas las cosas en Dios y veré, conoceré, poseeré y gustaré al mismo Dios en todas sus infinitas y maravillosísimas perfecciones con suma complacencia.

El deleitabilísimo bien y la fascinante hermosura de Dios atraerá todo mi ser y absorberá jubilosamente toda mi atención, iluminando, levantando y llenando de divina delicia mi entendimiento, mostrando con la ciencia infusa todos los secretos

del conocimiento a mi inteligencia y haciendo rebosar en perpetuo gozo todas las facultades de mi alma y de mi cuerpo.

225. Admiro y reconozco con agrado, sin esfuerzo, con satisfacción en conjunto y en sus detalles más primorosos la grandeza y belleza de un paisaje. Abro los ojos y naturalmente lo veo y agrada a todo mi ser y al mismo tiempo descanso y gozo con tan encantadora variedad. Brota natural y espontánea la luz del sol y entra no sólo sin esfuerzo mío, sino con agrado, por mis ojos, en cataratas de claridad y de alegría.

Verá mi entendimiento infinitas y jamás sospechadas perfecciones de Dios; verá siempre nuevas y más sorprendentes verdades, hermosuras y grandezas de Dios; verá siempre más de Dios y que hay que ver infinitamente más y siempre en gozo, en descanso renovado, en exaltación de delicia y felicidad como los mismos ángeles y con los ángeles y siempre envuelto y saturado del mismo gozo de Dios, según sea mi capacidad de amar.

Esta visión de Dios en sabiduría divina, esta felicidad que Dios comunica al alma con la visión de su esencia, haciéndola participante de su misma felicidad, la llena de dicha. Sólo el alma verá a Dios. El cuerpo no puede ver a Dios, porque lo corpóreo no puede ver lo espiritual. Pero después de la resurrección de los muertos, cuando el alma

vuelva a unirse al cuerpo con quien vivió en la tierra, le transformará y hará participante de su misma dicha, y en proporción de la dicha del alma será también el gozo del cuerpo. El cuerpo no verá a Dios, pero verá y gozará las maravillas de Dios en toda la creación, sin conocer distancias, por la dote de ligereza que le trasladará momentáneamente hasta los puntos más remotos y sin cansancio o imperfección de sus sentidos y miembros. Estará el cuerpo a semejanza de espiritualizado, no necesitando de estos bienes materiales a que ahora está sometido para su sustentación ni sintiendo los efectos desagradables de los elementos y siendo su hermosura expresión fiel de la gloria que el alma tiene y en proporción de su amor a Dios. Ya estará entonces este cuerpo mío despojado de todas las imperfecciones de la animalidad y revestido de la perfección de la inmortalidad, semejante en mucho a los espíritus, y con una belleza, con una fortaleza, con una agilidad, con una esbeltez y encanto en los movimientos y en el trato como ahora no puedo no ya comprender, pero ni aun muy remotamente sospechar. Pero me lo enseña la fe.

Ver a Dios es ver y poseer todo bien y conocer toda la verdad y gozar el gozo de la verdad. Ya no son necesarios los amigos ni en su trato, por amable y ameno que sea, ni en su compañía. Ya no son necesarios los bienes de fortuna. Sólo Dios es la

felicidad y todo bien y el sumo bien. Todo lo demás lo veremos y poseeremos y trataremos en Dios, pero comparado con Dios es como nada y fealdad.

226. Nos es dificultoso conseguir en la tierra, mientras el Señor no nos da su gracia y su ayuda muy especial, lo que llamamos vida contemplativa o continuo trato amoroso e íntimo con Dios. Esta vida contemplativa es, sin embargo, la que más semejanza guarda con la vida del cielo y aun la que más se parece al mismo Dios y la que Jesucristo me enseñó a vivir con su ejemplo.

La vida contemplativa en la tierra es mirar a Dios, atender a Dios, estar unido a Dios por amor y haciendo su voluntad. Es toda ejercicio y vida de divina caridad en visión de Dios con la mirada de la fe. La fe es oscura; la fe no tiene límites ni contornos detallados; la fe es impalpable y no se graba en los ojos del cuerpo, pero es ciertísima y enseña y muestra la más alta verdad de Dios con toda seguridad. La vida contemplativa es unión con Dios en afecto, en amor, en entrega y en realidad. El alma está con Dios y mira a Dios y Dios mira y está llenando al alma, pero todavía sin los destellos de la gloria.

Jesucristo vivió esta vida los treinta años que moró y trabajó en Nazaret, y no dejó de vivirla los tres años largos que recorrió los campos de

Israel enseñando su doctrina en los pueblos y haciendo milagros.

La vida del cielo es ver a Dios en sumo gozo, con un altísimo entender lo infinito del ser de Dios, de sus infinitas perfecciones, de los misterios de Dios, y el primero de todos el de la Santísima Trinidad Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, una sola esencia simplicísima y en un acto simplicísimo de infinita actividad en una actualidad constante y tres Personas Divinas.

La vida del cielo es ver la luz, y la belleza y la sabiduría, y la omnipotencia, y la bondad del ser de Dios, y al mismo tiempo participar de ellas y verse y sentirse empapado continuamente en todas esas perfecciones y en la gloria y dicha de Dios. Se siente feliz en la felicidad de Dios.

227. No necesitaré para ser dichoso y feliz ni la compañía de amigos por buenos e ilustres que sean ni la de los mismos ángeles. Como tampoco son impedimento para la felicidad y la dicha la compañía de esos mismos amigos, sean hombres o ángeles. Porque la presencia y amistad de los hombres más ilustres y atrayentes y la de los ángeles más gloriosos y excelsos y toda la hermosura inimaginable del cielo, que me llenará de alegría y satisfacción viéndolos en Dios, es como nada y pura oscuridad y fealdad comparándolos con la claridad y la hermosura de Dios.

La felicidad y la dicha es la visión y la posesión de Dios y de su hermosura y perfección infinita. La felicidad y dicha es vivir la misma vida de Dios con sus infinitas perfecciones. Vivir esa vida y esas perfecciones produce sumo contento y gozo; gozo grande, pero muy accidental y como nada comparado con éste; es gozar de la íntima amistad y compañía de los ángeles y de los bienaventurados y tratar y ver sus perfecciones y su gloria. Pero todos son bienaventurados, gloriosos y felices porque ven a Dios y poseen a Dios y participan de la gloria de Dios.

Todo está en Dios y todo se ve y conoce en Dios; los ángeles, los bienaventurados, el universo y los seres, lo creado y lo creable. Usando una muy impropia y baja comparación pienso que Dios es como un alto castillo o elevada torre, todo trasparente, todo hermosísimo, todo como un inmenso diamante desde donde todo se ve detalladamente y todo lo encierra en sí; y el arte y belleza con que está labrado supera al valor y a la riqueza de que está hecho. El castillo tiene innumerables y preciosísimas habitaciones, como *El Castillo Interior* de Santa Teresa.

Desde ese castillo, en forma de cono, se van viendo, según se sube, las bellezas de la Naturaleza con todas sus variedades y encantos. Se llena el ánimo de contento viendo las praderías y los jardines vestidos primorosamente de mil variadas flo-

res y los ríos que corren regando las alamedas y la multitud de animales que pueblan las llanuras. Más lejos se ven las selvas y las altas montañas con sus bosques y sus precipicios y sus nieves. Y sobre todo se ve el continuo y agitado vivir de los hombres en los más diversos y opuestos trabajos con sus ansias y sus ilusiones, con sus amores y sus odios. Todo se ve cuando se ha llegado a lo alto del castillo y nada está oculto a los ojos, desde la multitud innumerable de variados pajarillos que compiten en sus alegres arpegios y hermosísimos colores, alegrando la Naturaleza, hasta los pensamientos e intenciones de los hombres. Todo es encantador a la vista y al oído y todo se comprende y observa desde la altura complaciéndose en ello.

Pues a esta semejanza, aunque muy imperfecta, Dios todo lo tiene en su esencia y desde lo alto de Sí mismo todo lo ve, lo observa, lo crea, lo conserva y gobierna, no sólo esto externo que ve el hombre, sino todos los actos e intimidades o intenciones de la conciencia de cada uno como todas las aspiraciones y ansias de las familias y de las naciones. Nada hay oculto a Dios. Preside y ve y valora todos los actos exteriores y todos los interiores de todos y cada uno de los hombres buenos y malos. Dios está en todo viéndolo, criándolo, conservándolo, dando las leyes a todos los elementos. Dios, que es el criador y conservador de todo,

será también el que juzgue todos los hechos y todos los deseos e intenciones de todos los hombres para dar a cada uno su propio merecido según sus promesas. Dios galardonará cada una de las acciones buenas con un premio de gloria como no podemos los mortales soñar.

Dios omnipotente, infinito y glorioso llenará mi alma de dicha, llenará mi inteligencia de sabiduría, llenará mi voluntad de amor glorioso y gozoso. La visión y la posesión gloriosa de Dios, infinita hermosura y suma bondad, llenará mi ser y mis facultades todas de felicidad y gloria hasta rebosar. ¿Qué será, Dios mío, verte? ¿Qué será, Bien infinito, poseerte y gozarte?

228. La vida espiritual, la vida de santidad es vida de gracia sobrenatural, es vida sobrenatural dentro de mí mismo, de mi misma alma; es Dios viviendo en lo íntimo de mi alma y haciéndome participante de su gracia divina y llenando de esa su gracia mis potencias. Es la realidad de Dios en mí y está comunicándome vida divina. Este don y esta comunicación es real y sobrenatural, pero por ser espiritual y sobrenatural no la pueden percibir mis sentidos ni la entiende mi entendimiento mientras estoy viviendo en este cuerpo en la tierra. Ahora sólo tengo de este don o misterio sobrenatural visión de fe. Esta visión es segura, pero oscura.

Mis sentidos no pueden ver y tocar esta realidad y verdad. No puedo ver los detalles, ni percibir su claridad y realidad como lo deseo. La gracia no se ve ni se palpa, como no se ve la fe. Pero la fe me da una seguridad mayor que todos los objetos que ven mis ojos o palpan mis manos.

La vida espiritual es el desarrollo de la gracia en el alma, es crecimiento del amor de Dios en el alma. La fe me lo enseña con toda seguridad: está Dios viviendo en mi alma; está Dios presente, real, infinito en mi alma, haciéndome suyo y haciéndose mío. Está Dios en mí levantándome, transformándome en amor suyo, si yo quiero y me dejo transformar. Este Dios infinito, que ahora no puedo tocar, como no puedo ver sus perfecciones infinitas, pero que sé superan a cuanto se puede pensar y soñar, y que todas las perfecciones e ilusiones que la imaginación puede fingir y todos los encantos que el corazón puede figurar no son nada comparados con ellas; este Dios infinito y amorosísimo está aquí dentro de mí, en mi alma, y es el objeto de mi deseo y es el que forma mi vida espiritual. Dios va transformando y sobrenaturalizando mi alma en su gracia divina; va cambiando de modo invisible e insensible, como molécula a molécula, mi alma, haciéndola divina por participación.

Se me ocurre una comparación de las ciencias

naturales. En los museos se conservan animales petrificados o fosilizados. Nos dicen los naturalistas que un tiempo, hace muchos miles de siglos, esos animales fueron vivos y por los glaciares u otros fenómenos atmosféricos perdieron la vida y no se corrompieron, sino que molécula a molécula se fueron convirtiendo en piedra, conservando la figura de animal que tenían. Pues en cierta manera algo semejante acontece con el alma de vida espiritual. Según se practican las virtudes, según se ejercita cada día más perfectamente el amor, Dios, por su gracia y por su amor, va transformando el alma, no petrificándola ni fosilizándola, sino sobrenaturalizándola, divinizándola; va poniendo una vida superior a la natural, va convirtiéndola en imagen viva de El mismo. Dios está presente en mí y hace de mi alma una imagen suya y quiere que yo contribuya a hacer este prodigio.

Como para la petrificación interviene el ambiente de frío o de calor, también para mi divinización, para que Dios me haga imagen viva suya, he de contribuir yo con mi fidelidad, con la decisión de mi voluntad, en obrar el bien y aspirar a ser de Dios y pensar en Dios y llenarme de Dios. Esta es la vida espiritual y santa. Este el especial modo de cambiar mi pobreza en riqueza de cielo. Por la humildad y el amor santo, Dios me endiosará, me llenará de Sí.

229. ¿Puedo yo figurarme un gozo más noble y una ilusión más delicada que la de tener presente en mi memoria que Dios está en mí y para mí? ¿Que Dios está en mí amándome y haciendo en mí su obra de amor? Y la hará tan perfecta como yo quiera y como sea mi cooperación y mi fidelidad; como sea mi entrega y como contribuya yo a llenar mi pensamiento, mi voluntad y mi recuerdo de Dios; como sea el deseo que yo muestre en mis virtudes y en negarme a mí mismo. El infinito, el Creador de todos los seres y de los ángeles, el Glorificador de los bienaventurados, se hace mío y quiere hacerme suyo y está en mí para después también glorificarme a mí en dicha y en felicidad con su visión.

¿No es para deshacerme en agradecimiento y en gozo el pensar que quiero vivir la vida espiritual e interior y para vivirla he escogido vivir solo, todo y siempre para Dios, y que Dios está dentro de mi alma, en lo íntimo mío, en lo íntimo de mis pensamientos y afectos, «*de mi alma en el más profundo centro*», y está haciéndose mío y haciéndome suyo? ¿No es esto para cerrar los ojos a todo y poner toda la atención solo en Dios? ¡Qué misterio el del amor de Dios en el alma! ¡Qué misterio tan íntimo e impenetrable el misterio de la santidad del alma! ¡Qué misterio tan inefable y de tanto agradecimiento el misterio de la transformación del alma en unión de amor con Dios!

¡Y Dios me ha escogido y llamado a mí generosa y misericordiosamente porque quiere realizar este misterio y esta maravilla de su amor y largueza en mí! Para esto me ha llamado a la vida recogida e interior. Vivo en Dios. Deseo amar a Dios. Dios está presente en mí. Dios me ama y quiere llenar mi alma de su amor. ¡Soy amado de Dios, que es la grandeza y nobleza verdadera!

Dios me ha llamado para vivir delante de El y cantarle en amor el cántico del amor, para cantar sus misericordias y sus bondades en mí y sus magnificencias y maravillas en la creación.

230. Pocas palabras nos han transmitido los Santos Evangelios de la Santísima Virgen y casi todas son de agradecimiento y alabanza a Dios, de gozo al reconocer las mercedes que el Señor ha puesto en su alma y de humildad viendo su pequeñez y de confianza en el Señor, que la hermosea y protege con su amor.

Repito yo gustoso las palabras de San Bernardo, que *de María nunca se podrá decir la alabanza que se merece*. Algunos nos la presentan como si fuera Dios o más que Dios. Concepto inexacto del entusiasmo por la Virgen. La Virgen no es Dios y de ella a Dios hay infinita distancia y cuanto es lo recibió de Dios. La Virgen es la maravilla de las maravillas de Dios en la creación. La Virgen es un átomo de la omnipotencia divina, pero un

átomo el más esplendoroso, un átomo hecho todo luz y hermosura; un átomo transformado en amor hasta la unión más perfecta que una mera criatura ha tenido con el Creador.

Por esta unión la Virgen reconocía mejor que nadie su propia nada y la infinita perfección y omnipotencia de Dios y las misericordias y larguezas que el Señor había tenido con ella. El cántico que de la Virgen ha llegado hasta nosotros expresa esas dos ideas de las misericordias y bondades de Dios con ella a las que está muy agradecida y de que su nada fue engrandecida por la bondad de Dios. Es el cántico nuevo del amor a Dios y de su ofrecimiento.

Toda la vida de la Virgen fue un cántico de alabanza y agradecimiento a Dios, más que en sus palabras en su consagración total y perfecta. Consagrada a Dios por amor en su niñez en el templo; consagrada en su casita pobre; consagrada en el abrazo a la Cruz en el Gólgota y consagrada sirviendo a los Apóstoles y discípulos de Cristo en Efeso. La Virgen cantó siempre a Dios con sus virtudes. La Virgen me trazó mi vida y me enseñó a ser la alabanza a Dios. El gozo de la Virgen era de que estaba en el Señor. También yo estoy en Dios y Dios está en mí. Es el mismo Dios que estaba en la Virgen y debo estar lleno de gozo. Algo he reflexionado sobre esto; algo más volveré a reflexionar.

El alma santa se goza de que está y vive en Dios y Dios está y vive en ella, como en los ángeles, pero aun sin comunicarla las perfecciones gloriosas.

231. Quiero ahora poner mi atención en la vida que he escogido de ser alabanza a Dios, como lo fue Jesús, como lo fue la Virgen, y unido a los ángeles.

Mi vida de recogimiento, mi vida de ofrecido y consagrado a Dios, debe ser toda y en todas mis acciones de alabanza a Dios, cántico de amor a Dios, de agradecimiento y de súplica a Dios. ¡Qué buen modelo eres, Madre mía, para mí! El canto en su propia esencia es la expresión de armonía y sonido de la impresión o sentimiento que se tiene dentro del espíritu. Siempre que en el espíritu hay una impresión exuberante y fuerte, tiende a salir al exterior y manifestarse en el canto de la poesía o del sonido. El canto es la expansión o exteriorización del sentimiento del espíritu. Se cantan las penas y las alegrías; se canta la admiración y el desprecio; se canta el agradecimiento y la ingratitud. El alma atribulada canta lúgubremente sus lágrimas y canta el alma gozosa en borbotones de alegría.

Oímos complacientes cantar a los pajarillos sus alegrías primaverales, y también ellos lanzan al aire sus arpegios de dolor. Es el desahogo de su pechito.

La poesía es exteriorización del amor y de la admiración en sus alegrías y en sus pesares.

Pero hay un canto y una armonía callada que es más delicada y muy superior a la armonía del sonido por dulce y angelical que sea. Es el canto interior del alma a Dios. Es abrirse el amor de Dios en el alma en nubes de fragancias de espíritu y en cataratas de aspiraciones de cielo. El canto del alma que ama a Dios y aspira a Dios brota de lo más íntimo de ella misma y se difunde dentro de las potencias y sentidos como la sangre por el cuerpo llevando vitalidad; y también se difunde fuera en cuanto la rodea como al abrirse la rosa muestra su hermosura y llena de fragancia el ambiente perfumándolo todo.

El canto es la expresión de lo que se siente y desea dentro; es la expresión del amor y de los anhelos del alma para desahogo propio y para comunicarlo a los demás y para encenderse más en lo que desea y apetece. Porque el amor es lo más regalado de la vida y se manifiesta, como la vida misma, de la manera más delicada. El amor que se vive intensamente no puede estar mucho tiempo oculto sin manifestarse al exterior. Rompe en claridad como rompe la luz iluminándolo y embelleciéndolo todo. Los sentimientos profundos del alma rompen como la savia en la primavera, embelleciéndose en frondosidad y galanura de flores,

de frutos y de verdor, adornando los campos y llevando complacencia a los hombres.

Con el canto se pretende expresar lo que hay dentro del alma y se manifiesta lo que se siente, lo que se vive y el ansia de lo que se desea.

Hay un canto y una armonía que no resuena en el oído ni está en las vibraciones más o menos suaves de la garganta. Hay un cántico más dulce que el sonido y que la dulzura de la poesía; es el cántico interior del espíritu. Este cántico es no sólo el agrado y la dulzura que siente dentro la imaginación, sino un cántico más hondo y más regalado; es el cántico del alma de lo que se siente dentro y no se sabe manifestar por palabras ni cabe en las notas musicales ni en los acentos de la poesía. Es el cántico del alma que siente la iluminación de la luz de Dios y como un atisbo de contacto con el mismo Dios. Eso supera a toda expresión y se difunde intensa o suavemente por todo el ser y por lo más íntimo del alma como una brisa que deliciosamente balancea las rosas y difunde sus fragancias. Es el recuerdo de lo que se ama; es el ansia de lo que se desea; es la ilusión de lo que se espera; es la flor del agradecimiento por lo que ya se ha recibido y por lo que se espera recibir. Es la nostalgia y el anhelo de Dios, que llena la memoria de recuerdos y el entendimiento de noticias de cielo y la voluntad de amores de gloria

y produce el cántico de alegría y gozo del alma adentro, muy en lo íntimo y en lo secreto de Dios. Es el deseado encuentro del alma con Dios en amor especial, aun cuando todavía en fe y en esperanza, no en visión.

Experimento en mí mismo que muchos días, sin sabérmelo explicar, un contento y alegría radiante se difunde por todos mis miembros y deseo comunicar a los demás. Vivo un suave o bullicioso gozo. Es cántico callado. Este gozo es más suave y esperanzador cuando procede de la vivencia y trato con Dios, está dirigido hacia Dios y procede de Dios. Dios pone en mí el amor y mi alma salta de gozo y entona ese cántico callado, misterioso, íntimo a Dios. Es expresión de puro amor, porque es el reconocimiento del amor y de las mercedes de Dios; es el encuentro o atisbo del alma con la luz de Dios; es el agradecimiento del alma a Dios y es también la súplica pidiendo nuevas gracias a Dios. Y el alma sabe que a quien dirige ese cántico callado está presente, escondido dentro, le recoge y le devuelve en un más intenso amor y más vehemente deseo.

Quisiera recordar o grabarlo mejor con una comparación. Si me encuentro con un miembro de mi familia o con toda ella, si hace mucho tiempo que no la veo, el corazón me da un vuelco de alegría y de gratísimo contento. Un no sé qué de go-

zo se apodera de mí y me hace bailar los ojos de gusto. ¡He visto a un ser amado que hacía tiempo no veía! ¡Qué alegría, que impresión de gozo, qué salto de contento no dará mi espíritu dentro de mí mismo al encontrarme con Dios, aun cuando sólo sea todavía encuentro de fe!

232. ¡Qué insospechada ventura es el encuentro con Dios! Ya sé que todavía no es visión de Dios ni posesión gloriosa de Dios, pero es encuentro de amor con Dios realmente presente en mi alma, con posesión de gracia y visión de fe. Es el encuentro dentro de mí mismo con Dios inmenso e infinito, el encuentro del que deseaba, del que he venido a buscar, del amor a que me he consagrado y para encontrarle y vivirle, para que Dios me le pusiera en el corazón, he dejado todas las demás cosas, he salido de mis cariños y de mí mismo, ¡y mi alma se encuentra con Dios, y encuentro a Dios dentro de mí y a mí me encuentro dentro de Dios! ¡Dios mío, os llevaba dentro! ¡Dios mío, estaba en Vos y no os veía!...

En la vida de la venerable Ana de Jesús leo que, para probarla, la suspendió San Juan de la Cruz la comunión durante una temporadita. Mucho sentía esta prueba, pues amaba mucho a Dios. Cuando pasada la temporada volvió a recibir a Jesús en la Eucaristía, sentía que la vibraba todo el ser y

como si el corazón fuese a saltar del pecho por la emoción y el gozo, y como si cantara toda su naturaleza la alabanza a Dios en alegría. Se lo comunicó al Santo y El vio muy natural esa emoción en Dios. Era el nuevo encuentro del alma con Dios; era el abrazo de Dios al alma; era la inmersión del alma en Dios y Dios que se hace sentir dentro del alma y pone una renovación de vida, un injerto de su amor en el alma. Y el alma canta gozosa el cántico del encuentro, el cántico del amor, el cántico de la alabanza y del agradecimiento; es el cántico callado de la admiración. Vive el alma la frase del Profeta: *el silencio es tu alabanza*, o alaba a Dios en silencio.

La Virgen constantemente saboreaba en silencio este cántico de dentro, de admiración, de agradecimiento, de alabanza y gozo, y un momento rompió, como rompe el botón de la rosa cuando se abre en fragancia y hermosura y dijo: *alaba mi alma al Señor y mi espíritu está transportado de gozo en Dios mí Salvador*. Este cántico de armonía y esta fragancia siempre suave y silenciosa vibraba y perfumaba continuamente el alma de la Virgen.

El alma de amor, enseñada por la fe, movida por la esperanza, vivificada por la caridad, vive siempre, aunque no siempre sensiblemente, el cántico del silencio de dentro. Es el cántico más dulce y más tierno; es el cántico de mayor amor y el

que más se asemeja al cántico que entonan los ángeles en el cielo, y también cantaré yo, allí ya glorioso, aquí todavía en prueba.

233. El canto exterior es manifestación de lo que sentimos o deseamos dentro, en nuestra alma, y es también la manifestación y agradecimiento de las bondades y beneficios que el Señor ha hecho al alma o es la súplica que el alma dirige a su Amado Dios. Pobre hijo de Dios y necesitado, expongo a mi Padre celestial mis necesidades, mis deficiencias, mis angustias; le digo la confianza que tengo de que me ha de dar cuanto le suplico y según mi conveniencia y le agradezco como puedo y sé cuanto en el espíritu y en el cuerpo y en las cosas materiales me ha dado amorosamente.

Decimos que canta la Naturaleza a su Creador. Cuentan del antiguo filósofo Pitágoras que se quedaba mirando al cielo escuchando aquellas armonías calladas de los astros, que agradaban a su inteligencia más que las que entraban por sus oídos y eran el encanto de sus ojos. Esas armonías misteriosas traían a su recuerdo la armonía suprema de Dios, que resume y produce toda armonía.

Cantan los astros la gloria de Dios con sus destellos y con la precisión de sus órbitas. Fray Luis de León, en la poesía tan preciosa y tan delicada sobre la música que dedicó al ciego Salinas, gran músico, y en varias otras poesías no menos precio-

sas, decía que aquellas armonías musicales levantaban su espíritu

> ... a la más alta esfera,
> y oye allí otro modo
> de no perecedera
> música, que es de todas la primera,

a la armonía increada y Creadora de todas las armonías de la Naturaleza, a la armonía que siembra de luces y de bellezas la creación entera. Es la vibración del Amado, que llena de ternura y de ilusiones al alma que ama.

Decimos que cantan la gloria de Dios los astros y la Naturaleza. Pero ni los astros ni la Naturaleza inconsciente pueden cantar para sí, como no puede tocar para sí el piano, por magnífico que sea; no entienden su cántico y sus notas; son insensibles y carecen de entendimiento. Los astros y la Naturaleza cantan para Dios y para los ángeles, como el piano no suena para sí, sino para el artista; porque los ángeles conocen las grandiosidades y propiedades de los astros, como también las conocerá el hombre glorioso después de la muerte, para que el cántico del ángel y del hombre sea más armonioso y más dulce a Dios. Los ángeles, los altísimos y sapientísimos entendimientos de los innumerables ángeles, conocen las maravillas de la creación entera y están siempre llenos de admiración y de gozo viendo el infinito poder de Dios y su sa-

biduría en la creación siempre más grande y dilatada, y siempre le están cantando el himno de la alabanza y del agradecimiento.

Los hombres en la tierra somos cuatro hormiguitas ciegas, que no comprendemos nada de nada y alborotamos mucho y estamos desavenidos e insumisos. Toda la grandiosidad que la Naturaleza y los espacios siderales, con sus astros inmensos, presentan a nuestros ojos, nos pasa casi desapercibida, porque ni la conocemos ni la entendemos. Cuando ya estemos en el cielo entonces sí que la comprenderemos, y como el artista arranca las melodías de las cuerdas del piano y las gusta él y hace gustar a los demás, nuestra alma se gozará en las maravillas de los mundos y, entusiasmada, entonará a Dios el cántico de la admiración y del agradecimiento.

Dios nos quiere hablar por la Naturaleza y quiere despertar en nosotros el amor hacia El. Si la Naturaleza es tan grande y tan maravillosa, aun sin apenas conocerla, ¡cuánto nos admirará cuando la conozcamos con todas sus leyes! Cantaremos a Dios en las maravillas de la Naturaleza. Pero si la Naturaleza y los mundos producen tal admiración por la belleza que tienen tan variada y primorosa, ¿cuál no será la belleza y grandeza de Dios? ¿Cuál no será la armonía y encanto y la sabiduría y el poder de Dios? Mi alma se remonta por la Naturaleza a la belleza y armonía primera,

a la que no se puede manifestar, a la que no se puede ni soñar, a la que se espera como fin último y dichoso, a la que supera en perfección a todo lo creado y creable, a la creadora de todas las armonías y bellezas, que es Dios infinito y omnipotente. A Ti canta mi alma, oh Dios amorosísimo, con toda la Naturaleza y con todos los ángeles y bienaventurados el dulcísimo cántico de la alabanza y del agradecimiento, porque me has criado para Ti y para que viera y gozara en Ti de tanta maravilla, obra tuya, pero que no es ni sombra de tu grandeza y hermosura. ¡Todo lo veré y todo lo poseeré viéndote y poseyéndote a Ti, Bien infinito!

234. Los ángeles y los bienaventurados cantan, siempre con canto nuevo y más dulce, su dicha y su felicidad, y cantan con rebosante gozo, por las magnificencias, hermosuras y delicias que en Dios ven y de Dios reciben. Los ángeles, como el alma bienaventurada, reciben su felicidad en la visión de Dios, en la posesión del Ser Infinito; ven a Dios, ven las perfecciones de Dios, ven las Tres Personas divinas en una esencia, ven que en Dios hay siempre más que ver, porque es infinito; ven que tienen, reciben y participan de la misma vida de Dios, de la misma dicha, grandeza, hermosura y gozo de Dios, y expresan su gozo en el continuo cántico del agradecimiento a Dios, en el jubiloso cántico de alabanza y exaltación a Dios, por su in-

finita bondad y por los bienes que de El reciben. Es un cántico todo gozo y júbilo, no como el de la tierra.

Ahora en la tierra, para tener un momento de agrado, necesito poner mucho trabajo y esfuerzo muy continuo. Cualquiera de las artes o de las ciencias que recrean exigen mucho estudio, mucho cultivo, muchas privaciones. Para comprender y sentir los efectos de la armonía se ha de estudiar música, y los matices y la virtuosidad de la expresión y el esfuerzo del ejercicio y el cansancio del artista que ha trabajado. Esto exigen todas las artes, todas las ciencias, y mucho más aún el agrado que se quiera producir en los sentidos.

Los ángeles y los bienaventurados gozan y comprenden no sólo sin esfuerzo alguno ni cansancio, sino con descanso y complacencia. Dios se lo ha dado, se lo ha infundido en su mismo ser. Brota de su espíritu y de su Naturaleza como brotan los rayos del sol, como nace la fragancia y la hermosura de la rosa. Exhalan de su misma naturaleza todas las maravillas con que Dios ha dotado su ser.

El cántico de los ángeles y de los bienaventurados es pura delicia, es descanso, es saturación de bien, es exaltación de las magnificencias de Dios y de sus propias magnificencias recibidas de Dios y están rebosando en la luz del espíritu, en la paz y bondad, en la alegría, en el gozo y felicidad. Y cantan empapados en las magnificencias de Dios

y llenos de la misma vida de Dios no con el cántico de sus gargantas, que no tienen, por ser espíritus puros y no tener cuerpo ni materia, sino con el cántico perfectísimo de sus entendimientos clarísimos y con los altísimos amores de su voluntad santa. Cantan, repito, las magnificencias infinitas de Dios y sus propias magnificencias, y las cantan con todo su ser. Su cántico es siempre nuevo del amor agradecido, de la felicidad siempre renovada, de la exaltación de la dicha irradiando gozo y alegría a todos y recibiéndolo de Dios y de los demás. El cielo es la melodía y el gozo perenne del gozo de todos y el himno extático del amor infinito a Dios. El cielo y la felicidad son la resonancia perpetua de la dulcísima melodía a Dios y la saturación de la fragancia divina en todo bien y delicia.

235. Mi vida de alma recogida y ofrecida a Dios es también cántico, semejante al cántico del cielo. Me ha llamado el Señor para que yo cante en la tierra como cantan los ángeles y bienaventurados en el cielo. Ellos, ya en visión y posesión de Dios; yo, aún en visión de fe y en posesión de gracia y de esperanza. Ellos cantan en descanso y complacencia; yo, en esfuerzo y sacrificio. Es ley de mi naturaleza terrena y corruptible.

El cántico de mi vida de alma consagrada y recogida y ofrecida a Dios es el cántico del alma que está dejándose hacer luz de Dios y dejándose so-

brenaturalizar y transformar para la grande obra de unión de amor con el mismo Dios, es el cántico de la Esposa de Cristo, y Esposa de Cristo no es solamente la religiosa, sino toda alma consagrada y ofrecida. El cántico de esa alma es siempre sumamente agradable al Señor, ya sea cántico interior, sea también exterior. Canto también yo movido por Dios y canto sus magnificencias y beneficios, y como los ángeles cantan con todo su ser, he de cantar yo con humildad y atención de mi alma y con la compostura y vibración de mi cuerpo.

Y canto a Dios presente en mí. Cuando oro en un rinconcito solo; cuando rezo mi *Oficio Divino,* canto a Dios presente y en un ambiente que llena la presencia de Dios; y sé que Dios se agrada en este cántico mío. Dios mismo, por la Iglesia y por el Profeta David, me ha enseñado la melodía y la dulzura con que mi espíritu ha de cantar. Y canto en unión de los ángeles y de los bienaventurados del cielo. Yo me uno a ellos y ellos se unen a mí. Todos ellos juntos cantamos el himno de la creación consciente, del mundo visible y del mundo invisible, del mundo ya glorificado y glorioso y del mundo que espera la glorificación y la felicidad en el Señor. En esta grande armonía cantamos todos a Dios presente y en Dios presente el cántico del mismo Dios y del amor de Dios, porque El nos le enseña y nos le da.